

CELEBRACIÓN *MONÁSTICA*² DEL CENTENARIO³ DE LA ABADÍA DE SAN BENITO DE LUJÁN

Parecía que no importaba ni cuán agotados estuviéramos –ya fuera como consecuencia del viaje a Bellocq⁴, ya por los preparativos de la celebra-

¹ Monje de la Abadía San Benito de Luján, Argentina.

² Tuvo lugar el pasado 10 de diciembre de 2014 en la misma Abadía de Luján. Indicamos especialmente que esta celebración fue monástica porque ella había tenido otros preámbulos festivos a lo largo del año centenario, para los cuales la invitación había sido prácticamente universal y no sólo circunscripta a los monjes del Cono Sur, como lo fue ésta. Para mencionar el principal festejo que ya habíamos tenido, recordaremos que, dándole como le había sido dado a elegir al P. Abad de Silos, Burgos, España (nuestra casa fundadora), Dom Lorenzo Maté Sadornil, si prefería honrarnos con su visita en diciembre, en torno al aniversario, o bien, hacerlo en otro momento del año centenario, optó por viajar en julio, para compartir varios días con la comunidad y para asociarse a nuestra conmemoración jubilar en la solemnidad de san Benito, cuya misa presidió en el templo parroquial y antigua iglesia abacial porteña, y de la cual se estima posible que hayan llegado a participar dos mil personas.

³ La fecha exacta del aniversario había sido el 8 de diciembre –dos días antes de la celebración monástica que conmemoramos en estas páginas–, si tomamos como punto de partida de esta santa aventura monástica de San Benito de Buenos Aires-Luján ese festivo día de 1914, cuando el P. Fermín de Melchor tomó posesión de la estancia Santa María, junto la estación ferroviaria Bellocq.

⁴ El viaje al que alude el texto –un emotivo reencuentro con las raíces– consistió en la visita de cuatro hermanos a esa localidad bonaerense el día del centenario (ver nota 2). La comunidad de fieles de la capilla local, junto con el párroco y el pueblo entero, nos recibieron de la mejor manera; y Mons. Martín de Elizalde, antiguo abad nuestro y ahora obispo del lugar, que fue nuestro anfitrión desde la tarde del domingo 7 en la casa de la curia en Nueve de Julio, presidió la misa del centenario en la iglesia de Bellocq el 8 a las 11.30 hs. Superior como fue de nuestro monasterio durante veintiocho años, monje y obispo, hizo colocar a la entrada de dicha capilla, al iniciarse el año centenario en el 2013, una placa alusiva. No iba a dejar pasar la oportunidad de ofrecer –y lo hizo constar en el marmóreo recordatorio– “este testimonio como reconocimiento a los monjes de la Abadía de Santo Domingo de Silos que el 8 de diciembre de 1914 comenzaron la vida monástica en este lugar, gracias a la generosidad de doña María Larramendy de Bellocq, y dieron origen a la Abadía de San Benito de Buenos Aires y de Luján”.

ción—, ni tampoco la proximidad de la Visita Canónica ordinaria prevista para el inminente sábado 13: el Señor parecía estar empeñado desde el comienzo de ese miércoles 10 de diciembre, memoria propia nuestra de santo Domingo de Silos, en regalarnos un día memorable en todo sentido.

Preocupaba a varios, en la previa, el clima. En los últimos días las temperaturas —y la humedad, cuándo no— habían sido algo subidas. Pero al llegar el día 10 las condiciones meteorológicas resultaron óptimas.

Nuestro P. Abad Fernando había trabajado con el mayor esmero para que la preparación de este acontecimiento fuese lo más lograda posible, y, con su habitual aplomo, pudo transmitir calma y seriedad para que todo pudiera estar previsto de la mejor manera. Encomendó a cada cual su quehacer, equilibrando las tareas de modo que todos nos sintiéramos involucrados y nadie, por otra parte, quedara abrumado de trabajos.

La comunidad había intentado dejar en claro a sus allegados en general que ésta sería la conmemoración *monástica* del centenario, con la idea de que fuera un encuentro fraterno circunscrito sólo a los monjes del Cono Sur, cosa que no es posible concretar muy seguido debido a las distancias y a los compromisos monásticos en cada casa, y que, empero, añorábamos y deseábamos vivamente que se pudiera cristalizar. Estas últimas no son palabras de circunstancia, sino que realmente reflejan el sentido de las expresiones que, a este respecto, se vertían en las recreaciones de la comunidad en los días previos.

Desde el día anterior a la fiesta jubilar estaban hospedados con nosotros el P. Abad Benito Rodríguez y el P. Abad emérito Gabriel Guarda, de Las Condes, así como el Hno. Guillermo Jaime, de Llú-Llú y la Madre María Susana Bove, abadesa emérita de Rautén. Rengo, el restante de nuestros cuatro monasterios chilenos, estaría también muy bien representado en la celebración, en este caso por su novel abadesa, a quien mencionaremos más abajo.

Mons. Martín de Elizalde llegó a media mañana para presidir la misa de 11.30 hs.; y en similar horario también lo hicieron, para participar del festejo de ese día —que consistió en la celebración litúrgica y posterior ágape fraterno—, todos los demás hermanos que pudieron acercarse a Luján. Ellos fueron, además de los ya nombrados, el P. Abad Mamerto Menapace, Presidente de la Congregación Benedictina de la Santa Cruz del Cono Sur; el P. Abad Benito Veronesi (El Siambón); el P. Abad Enrique Contreras (Los Toldos); el P. Abad emérito Eduardo Gowland (N. S. de los Ángeles) y el P. Abad Carlos Oberti (Niño Dios). Todos ellos acompañados por monjes de sus comunidades: los Padres Pedro Max Alexander, José Ramón Barrero y el Hno. Carlos Espende, de Los Toldos, junto con el Hno. Claudio Zabala, de Tüpany María; los Hnos. Rubén Lacón y Maximiliano María Carnevale, trapenses de N. S. de los Ángeles; y los Padres Carlos Ambort, Raúl Corrales, Rubén Leikam, y los Hnos. Jorge Schroeder, Miguel Aramburu, Roberto Tentor, Sergio Pardo, Daniel Figueroa, Claudio Canalis, Mario Symcha e Ignacio Bernasconi (es

decir, la comunidad entera de Niño Dios; sólo se vieron imposibilitados de participar presencialmente —por motivos de salud— el decano de la Congregación, P. Ángel Veronesi y el P. Salvador Scofani).

Y entre las monjas pudimos darnos el gusto de contar con Madre María (del monasterio trapense de la Madre de Cristo); Madre María Cristina, junto con las Hnas. Mercedes, Ana María, María Guadalupe, María de la Paz, María, María del Pilar y María Natalia (Santa Escolástica); Madre Alejandra (Rengo); Madre Clara Marcela, junto con la Hna. Aurora (*Gaudium Mariae*); Madre María Teresa (Rafaela); Madre María Margarita (*Mater Ecclesiae*, Uruguay); Madre Estela María (Suyuque); Madre María Isabel, junto con la Hna. Margarita María (Paraná); Madre Úrsula (Benedictinas de Tutzing), junto con otras cuatro hermanas de su familia monástica, tan cercanas a nosotros por ser vecinas de nuestra casa de Buenos Aires.

Demás está decir que entre nosotros estuvo el muy apreciado por todos P. Florentino, quien también integra la comunidad aunque desde Buenos Aires, prestando el noble servicio de ocuparse de nuestra *domus* porteña. Asimismo, tuvieron la deferencia de acompañarnos el P. Pablo Rissola, párroco de Jáuregui, y otros dos sacerdotes seculares y dos laicos que acompañaban todos ellos a los diversos contingentes monacales.

En la iglesia abacial, entre los treinta y dos siales del coro monástico, algunos asientos puestos *ad hoc* y los primeros bancos de la nave de los fieles, hubo lugar para que todos pudiéramos ubicarnos. Algunos hermanos y hermanas que ya se habían aproximado al templo, tuvieron a bien ayudar espontáneamente en los preparativos de la misa.

La celebración litúrgica fue vivida desde su inicio con profundo entusiasmo y piedad. Las lecturas las leyeron monjes de otros monasterios, y en el canto fue una agradable sorpresa sentir la simbiosis entre las voces de monjes y monjas.

En la homilía, Mons. Martín puso al servicio de la predicación toda su capacidad oratoria y ese profundo conocimiento de la vida monástica que todos apreciamos en él. Aquí, en una apretada síntesis, nunca podríamos hacer justicia a toda la riqueza contenida en las palabras que el Señor le inspiró. Mejor será acceder directamente al texto cuando la homilía sea publicada.

Nuestro P. Abad Fernando esperó el momento de la postcomunió para dirigir algunas palabras a todos los presentes; ellas tuvieron fuerte resonancia en quienes lo escuchamos porque vinieron a sintetizar y formular tanto lo que la celebración había ya impreso en nuestros corazones, como el espíritu de comunió que habíamos venido a ofrecer ante el altar y que acabábamos de recibir sacramentalmente. Agradeció al Señor la centenaria fidelidad, y a todos los presentes por acompañarnos en un día tan especial.

Finalmente entonamos el *Te Deum* y, tras los ritos conclusivos, la omnicompreensiva procesi3n de salida se dirigi3 al atrio por la puerta principal de

la iglesia. Allí, Mons. Martín descubrió la placa conmemorativa⁵ y la bendijo, antes de continuar —ahora únicamente los ministros— hacia la sacristía.

Luego compartimos el ágape fraterno en la sala de recreación y hall contiguo, en el corazón de la clausura del monasterio. Promediando el encuentro, algunos de nosotros, por indicación del P. Abad Fernando, guiamos a monjes y monjas en una visita por los lugares regulares del monasterio, tanto por los locales de la casa, como por el parque, cementerio, y proximidades de la granja y de la fábrica.

Realmente pudo cristalizarse nuestro propósito de que esta fiesta fuera únicamente para los monjes del Cono Sur, y damos gracias al Señor por eso. El ambiente que reinaba era de tal cordialidad, que parecía que allí, además de militar bajo una misma regla, lo hiciéramos todos bajo una misma cabeza y en una misma comunidad.

A las 16.15 estaban partiendo los últimos, descontando a quienes se quedaron algún día más con nosotros. Cómo nos complace que todos se hayan ido contentos de haber transcurrido aquellas horas de intensa comunión. Como todo relato que busca un final feliz, éste lo encuentra seguramente en esos rostros radiantes que despedimos aquella tarde.

Al irse, muchos encaminaban su itinerario en dirección a Santa Escolástica. Y llegados a este punto se imponen los agradecimientos, que nunca podrán ser exhaustivos. Quedamos en deuda con esa abadía de monjas, precisamente, entre otras cosas, por hospedar a tantas hermanas (y a algunos hermanos también), tanto en la previa como en la continuidad, que nosotros no hubiésemos podido alojar por cuestión de espacio, y también por colaborar con el canto (la abadesa y tres monjas más se unieron a la *schola* del monasterio ese día) y el órgano en la misa (otra hermana se ocupó del acompañamiento y un monje nuestro de las piezas para órgano solo), lo cual conllevó un ensayo común en casa de ellas que tuvimos el miércoles 3 de ese mes. Damos gracias de igual modo y con todo el corazón a los demás monjes mencionados arriba, por haber hecho el viaje y gratificarnos con el encuentro personal en semejante jubileo. Y a los que no pudieron venir también los hemos sentido muy cerca, y les agradecemos la comunión orante. Tanto unos como otros fueron, por otra parte, sumamente atentos en allegar regalos.

La Abadía del Niño Dios, que comparte ahora con nuestro monasterio su condición centenaria, quiso ofrendar, como dijimos, su visita unánime. El Señor quiera servirse de nosotros como pobre instrumento para ayudarlos en lo que pudieran necesitar, y siga bendiciéndolos, en atención a tan noble gesto.

⁵ Transcribimos el texto inscripto en la misma (los saltos de línea en el original los sustituiremos aquí por barras): El 8 de diciembre de 1914/los monjes de la Abadía de Santo Domingo de Silos/P. Fermín de Melchor/P. Eleuterio González/P. Manuel Mahave/P. Nicolás Rubín/P. Andrés Azcárate/H. Miguel Antón/comenzaron la vida monástica regular en nuestro país/ Demos gracias a Dios nuestro Señor/Luján, 8 de diciembre de 2014.